

I

HISTORIA DEL PROBLEMA

LA ESTUPIDEZ NO ES FALTA DE INTELIGENCIA

HACE ALGUNOS AÑOS, un gran psicólogo estadounidense, Robert Sternberg,¹ retomó el problema abordado en sus tiempos por Musil y Cipolla en una recopilación de contribuciones de varios autores titulada *¿Por qué las personas inteligentes pueden ser tan estúpidas?*

Musil, en sus reflexiones, había intuido que las respuestas vendrían de los progresos de la psicología. Sólo conocía bien los trabajos del investigador alemán Wolfgang Kohler, publicados en la década de 1920.² Kohler había analizado las maneras inteligentes o estúpidas en que los chimpancés intentaban superar una dificultad (procurarse comida en condiciones inaccesibles). La recopilación de Sternberg se mueve en esta línea para intentar explicar por qué personas inteligentes pueden cometer errores en la resolución de problemas.

Musil, ya en los años treinta del siglo xx, comprende un punto esencial, que es que la definición de la estupidez como la incapacidad de alcanzar un objetivo («Llamamos

estúpido al comportamiento que no logra realizar una acción para la que se dan todas las condiciones, entre ellas las personales») es una definición reductora, y objeto que:

Los casos libremente circulantes requieren consideraciones adicionales porque no siempre está claro lo que se entiende por resultado correcto o erróneo.

En este libro intentaré desarrollar precisamente estas consideraciones adicionales.

Partamos de los tan discutidos tests de inteligencia, la vertiente aparentemente opuesta de la estupidez. Sería demasiado fácil liquidar el problema diciendo que tienden a hacer tonterías las personas que obtienen puntuaciones bajas en los tests de inteligencia.

Yo he hecho una carrera académica y he desempeñado varias profesiones. Nunca he tenido que superar un test de selección por motivos de estudios o de trabajo, a diferencia de lo que suele suceder en Estados Unidos. Es decir, nunca he tenido que preocuparme por la medida de mi inteligencia, ni he pensado que tuviera que medírmela. En cambio, muchas veces me he dicho a mí mismo: «Pero, Paolo, ¿cómo has sido tan estúpido?».

En el ámbito académico trabajo como psicólogo. Me ha parecido obvio recurrir a los expertos en inteligencia para obtener respuestas a la pregunta: ¿La estupidez puede concebirse como falta de inteligencia? En Italia tenemos grandes especialistas de relevancia internacional, como Cesare Cornoldi, de la Universidad de Padua. La psicología experi-

mental y la psicometría, es decir, las técnicas de medida y elaboración estadística de variables psicológicas, llevan décadas profundizando en el tema de la inteligencia. Por desgracia, han ignorado la estupidez. De ahí, una duda inicial que ya había planteado Musil:

¿Será estúpido estudiar la estupidez? No lo creo, pero [...] son muchos los que dan esa sensación de dominio impúdico y violento que ejerce sobre nosotros la estupidez, mostrándose sorprendidos con aire entre amistoso y conspirador en cuanto advierten que alguien de su confianza quiere evocar al monstruo nombrándolo.

Hoy tenemos a nuestras espaldas setenta años de estudios eruditos y detallados sobre cómo funciona la inteligencia y sobre las técnicas para medirla. Y sabemos con seguridad que incluso las personas clasificadas por los psicólogos como inteligentes hacen tonterías.

INTELIGENCIA, SELECCIÓN DE TALENTOS Y ÉXITO

EL INTERÉS POR LA INTELIGENCIA es fácil de explicar. Estados Unidos es, desde hace décadas, el centro mundial de la investigación sobre la mente humana, y allí —un país más meritocrático que el nuestro— siempre han intentado seleccionar a los potenciales talentos para su admisión en los estudios y las profesiones. No quiero entrar en lo adecuado o no de esta cuestión de la que muchos otros han hablado. Unos cuantos datos incontrovertibles serán más que suficientes.

Hará unos quince años, Richard Herrnstein y Charles Murray examinaron la trayectoria vital de un muestrario de doce mil estudiantes a los que evaluaron varias veces durante el período escolar, entre los catorce y los veinticuatro años, y una vez que hubieron entrado en el mundo laboral. Ambos estudiosos verificaron si el nivel de inteligencia de estos estudiantes, medido con los tests habituales, se reflejaba en su vida profesional y privada, es decir, si la puntuación conseguida guardaba relación con los futuros éxitos profesiona-

les y/o las desventuras de su vida privada. Por ejemplo, se da una fuerte relación estadística entre un nivel de inteligencia elevado y la obtención de una licenciatura, y entre esta última y los ingresos futuros.

Este hecho no es de sorprender. Sin embargo, hay que señalar que en Estados Unidos la condición social de los padres está menos vinculada al éxito profesional de los hijos que el nivel de inteligencia, a diferencia de lo que sucede en Italia, donde la movilidad social es más baja. Además, la puntuación intelectual obtenida por un muchacho estadounidense permite, mucho más que la clase social a la que pertenece su familia, prever cosas que sucederán en su vida futura, tales como no quedarse en el paro, no divorciarse en los primeros cinco años de matrimonio, no tener hijos fuera del matrimonio (en el caso de las chicas) y no ir a la cárcel (en el caso de los chicos).

Aquí nos hallamos en el límite entre inteligencia y estupidéz porque el nivel de inteligencia no sólo está vinculado a los éxitos, sino que también permite evitar los problemas y está relacionado con ambientes familiares que contribuyen a este fin.

En 2005, David M. Fergusson, L. John Horwood y Elizabeth M. Ridder analizaron los éxitos académicos y profesionales de niños evaluados cuando tenían ocho o nueve años mediante tests de inteligencia. Menos del 10 por 100 de los niños con coeficiente intelectual medio-bajo conseguía la licenciatura, mientras que en el caso de los niños que presentaban una puntuación superior en por lo menos veinte puntos la probabilidad de licenciarse era de dos sobre tres.³

Cuando ya había terminado de escribir este libro leí, con la tinta aún húmeda, la monografía de Keith Stanovich, famoso psicólogo de Toronto, que quiso explicar que los tests de inteligencia, a pesar de medir variables relevantes, suelen prescindir de las fuentes cognitivas de las acciones irracionales. Stanovich, basándose en abundantes datos empíricos, demuestra que superar con brillantez los tests de inteligencia no impide caer después en esos cortocircuitos que nos llevan a cometer tonterías.⁴

Tal vez hayan visto ustedes la película *Forrest Gump* (ganadora de seis premios Oscar), de 1994, libremente inspirada en la novela homónima de Winston Groom, de 1986. Un protagonista buenísimo, Tom Hanks, y un gran director, Robert Zemeckis, la hicieron famosa hasta el punto de que en Estados Unidos la frase *stupid is as stupid does* («tonto es el que hace tonterías») pasó a formar parte de la jerga cotidiana. Se trata en cierto modo del lema del protagonista, quien, a pesar de que los demás lo consideren estúpido, siempre toma decisiones (inconscientes) acertadas. La película discurre a lo largo de treinta años de historia americana y comienza con Forrest, que narra su vida desde finales de la década de 1950, cuando aún era un niño. A pesar de que se le presenta como un estúpido, Forrest logra terminar la escuela, va a la universidad y, sin que nunca se dé realmente cuenta de ello, la vida le va bien, es más, según criterios estadounidenses, le va excepcionalmente bien.

Se trata de una fábula conmovedora precisamente porque, por lo general, las cosas no son así. Salvo casos particulares à la *Forrest Gump*, protagonista «excepcional» de acon-

tecimientos «excepcionales», el mundo funciona según las pautas estadísticas de los estudios que acabo de citar.

Como recuerda Cornoldi, no sólo las distintas formas de inteligencia están relacionadas, sino que, por desgracia, «hay que constatar que muy a menudo el individuo con retraso mental —como Forrest Gump— tiene problemas en todos o casi todos los aspectos intelectivos examinados por los investigadores». Sin embargo, la película da en el clavo cuando muestra que existe una especie de «inteligencia práctica» que tal vez pueda incluso confundirse con estupidez. Tal confusión puede ser consecuencia de la ingenuidad y de la bondad, como en Forrest Gump, o de la astucia, como en este otro caso que recuerda Cornoldi:

Había un niño a quien todos sus compañeros consideraban poco inteligente. Como prueba de su estupidez, los demás chiquillos mencionaban su comportamiento frente a las monedas de 100 y 200 liras que circulaban por aquel entonces. Las monedas de 200 liras valían más, pero las de 100 eran mayores. Un compañero le había dicho: «Te regalo una de estas dos monedas. Elige tú la que quieras». El chico había preferido la de 100 liras. Desde entonces, su incapacidad para distinguir el valor de las dos monedas se había vuelto proverbial, y lo habían puesto a prueba a menudo.

Una vez que un maestro benévolo se acercó a él y le preguntó: «¿Pero es posible que todavía no te hayas dado cuenta de que la pequeñita vale más?», el chiquillo contestó: «Mientras elijo la grande, siguen haciéndome la prueba, ¡y yo, entre tanto, he acumulado una buena suma!».

El niño de la anécdota parece estúpido, pero no es tonto. Ésta sería una primera diferencia. Uno no es estúpido si tiene éxito en el ámbito cognitivo (si resuelve un problema de la mejor manera posible), no es tonto si tiene presentes también las motivaciones de los demás (divertir pasando por imbécil).

Si las dos ecuaciones «estúpidos = los que hacen tonterías» y «estúpidos = los que no son inteligentes» fueran rigurosamente equivalentes, una vez entendido cómo funciona la inteligencia, se entendería también la estupidez, se explicarían también las tonterías.

La tesis de este libro es que las cosas no son así y que es precisamente por este motivo por lo cual las investigaciones en relación con la inteligencia, por muy sofisticadas que sean, no nos dicen gran cosa acerca de las cuestiones a las que alude el título.⁵

LA ESTUPIDEZ NO ES TENER LA CABEZA ENTRE LAS NUBES

HABRÍA UNA ÚLTIMA MANERA de salir del aprieto y dar por buenas las dos ecuaciones citadas al final del párrafo anterior. Se trataría de atribuir la tontería cometida por una persona inteligente a un despiste, a una distracción temporal.

La distracción, como bien nos ha explicado una especialista en la materia, Maria Antonella Brandimonte, se insinúa en nuestra vida cuando tenemos la cabeza en otra parte.⁶ La tontería, en cambio, la genera una cabeza demasiado absorpta en las cosas. Una persona puede reprocharse una distracción, pero no con el arrepentimiento y el sentimiento de culpa que caracteriza los casos en que hemos hecho megatonterías sin que nos hayamos apercibido de ello hasta que ha sido demasiado tarde.

Dicen que Norbert Wiener, matemático estadounidense, era una persona bastante distraída. Con ocasión de una mudanza, su mujer le repetía: «Norbert, acuérdate de que tendrás que coger el autobús A, y no el B, para ir a la universidad». El día siguiente a la mudanza, su esposa se lo volvió a

recordar y él le respondió: «Sí, cariño». Cuando regresa de la universidad, prevalece la antigua costumbre y Wiener coge el autobús equivocado. Llega adonde había vivido hasta el día anterior y encuentra la casa vacía. Se da cuenta del error, retrocede y se baja en la nueva parada. Pero se le ha olvidado su dirección. Ve por casualidad a una niña y le pregunta: «Perdona, ¿sabes dónde viven los Wiener?» La niña le responde: «Hola, papá, ven conmigo, que yo te llevo a casa».

Hay anécdotas sobre científicos, profesores y artistas distraídos para dar y tomar. Este tipo de estupidez aparente no me parece interesante. En este libro nos ocupamos de manera específica de las tonterías que han cometido personas normalmente inteligentes y que luego las han reconocido como tales a la luz de los daños causados y sufridos.

LA OCASIÓN VUELVE AL HOMBRE TONTO

EN EL VÉNETO, mi región de origen, utilizan una bonita expresión: *colpo de mona*. Los originarios de esta región recurren a menudo al término *mona* aunque hablen habitualmente en italiano. Desde este punto de vista, la *monada* restituye mejor el sentido de tontería que la palabra *cazzata*,* término del italiano vulgar, de uso desgraciadamente corriente, que presupone un juicio más duro e implacable.

El diccionario Garzanti de 2007 señala *minchione* como equivalente de *mona* (voz del área véneta, tal vez de origen griego). Sin embargo, dado que he vivido largo tiempo en Toscana, me parece que con *minchione* («idiota, insensato») se pierde la alusión al matiz ocasional fortuito presente en quien incurre en un *colpo de mona*. Resulta interesante el intercambio de género entre la acción y quien la realiza: literalmente la *mona* es el órgano sexual femenino, y la *minchia*, el masculino. El derivado femenino *monada* es más benévolo

* Gilipollez. (N. de la t.)

que el masculino *minchione*, que alude despiadadamente a las características permanentes de quien comete la tontería.

Cuando se conoce bien una lengua se tiende a creer que es más rica en matices que otras menos conocidas. Si consideramos el inglés, vemos que las cosas no son así. A lo largo de la lectura de la novela de misterio de Rex Stout *Champagne for One* (*Champaña para uno*), es posible observar que el protagonista, Nero Wolfe, utiliza diversos términos según las circunstancias, por ejemplo, *witling* y *ass*. La traducción italiana los restituye como *idiota* y *stúpido*,⁷ con lo que tal vez se pierde la diferencia entre la percepción que una persona tiene de sí misma (que se considera *witty*, es decir, boba por una acción que ha cometido) y la descripción de una característica de personalidad permanente (persona estúpida, es decir, *ass*).

Aunque unas veces podemos ser indulgentes con nosotros mismos y atribuir el comportamiento tonto a distracciones, descuidos o ligerezas, otras, en cambio, no podemos salir tan fácilmente del apuro.

Estamos acostumbrados a etiquetar a los demás como inteligentes, estúpidos, buenos, malos y demás. En realidad, los estudios realizados prueban que los rasgos permanentes de una persona son poco definidos. Una misma persona actúa de distinta manera al cambiar las circunstancias, tal como he intentado demostrar a lo largo de un libro mío anterior, *Creder* (Creer).⁸ Sin embargo, las formas de estupidez presentan relativamente escasas variantes.

Se puede banalizar la explicación de una tontería diciendo que una persona es inteligente para ciertas cosas y estú-

pidan para otras. De ser así, las tonterías se producirían sólo cuando nos dedicáramos a actividades para las cuales no tenemos talento. Si, por el contrario, la inteligencia es sólo eso que se mide con los tests, el desencadenante de un comportamiento que se revelará tonto es la mezcla de circunstancias y decisiones.

Las personas inteligentes, como demostró Stanovich, pueden cometer tonterías en circunstancias especiales. Por lo tanto, para comprender por qué esto es así, no hay que estudiar una mente humana «aislada», sino la relación entre nuestras capacidades cognitivas y algunos escenarios, los que conducen precisamente a actos que los demás consideran tontos.

Musil intuía ya este punto cuando observaba:

[...] uno puede comportarse como un estúpido, pero no tiene por qué serlo. El significado de esta palabra cambia con el contexto en que la acción tiene lugar. La estupidez está fuertemente entrelazada con otras cosas, sin que el hilo que desharía el tejido despusente por ninguna parte.

En este libro no me referiré a casos conocidos que haya tratado en persona o que hayan tenido lugar en el círculo de mis amistades. Por el contrario, en el próximo capítulo, intentaré describir y después comprender, desde el punto de vista de la estupidez, casos «clásicos» para todos nosotros.

